

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

## **DOMINGO POR LA TARDE**

---

**Tirso de Molina (1579-1648)**



Digitalizado por Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

## Domingo por la tarde

### Tirso de Molina

En la cortedad del plazo que la de aquellos días daba, fue tan oficiosa la diligencia de don Luis, su esposa y familia, que aunque a las once de la mañana quedó despejada la quinta, a las dos de la fiesta habían comido y dispuesto el teatro para el siguiente recreo, con todo lo ostentativo y grave que pudo la curiosidad y la riqueza sacar a luz, y a sus dueños de esta obligación. Mudaron cuanto por la mañana deleitó y se prometía duración más larga y, con diferente arquitectura, plantaron un vergel artificioso con un colmenar tan al vivo, que a sentirlo las abejas, despoblados los suyos, trasladaran a sus colmenas los enjambres vecinos. Cabañas rústicas y edificios representaban, a un lado y otro, la sencillez de los sayales y el deleite de la vida desembarazada de ambiciones y artificios; tan al natural todo, que los que le vían, olvidados de la cercana Corte, se juzgaban en una remota aldea.

Dio tanta prisa al deseo el gusto que causó a la gente la primera recreación que, cercenando sosiegos a la comida, volvieron aquéllos, y otros muchos con ellos, llamados de la fama que medró la mañana dicha, lo que suele todo lo ponderado. Llenóse la amena capacidad de aquel sitio tan brevemente, que fue necesario comenzarse antes de las tres la representación, por no desazonar, con tardanzas, recreos que, tal vez por perezosos, pierden créditos de entretenidos. Poblados, pues, los antepechos de damas, las sillas de generosos y los bancos de vulgo, dieron principio menestriles y sucedieron guitarras, que cantaron a ocho tres serranas y cinco pastores, en la alabanza del mayor sacramento, en cuya veneración se solenizaban estos festines, lo siguiente:

Contaros quiero las bodas  
de Cristóbal Salvador  
con Olalla de la Iglesia,  
hija de Pedro, pastor.  
Lleva el novio, en casamiento,  
sus naturalezas dos  
y en un paramento branco,  
una cruz con la pasión.  
Lleva, en pratos de accidentes,  
un cordero, que asó amor,  
y sobre él, para cobrille,  
un frutero de primor.  
Un majuelo en que la dota  
la tierra de promisión,  
vino de treinta y tres años  
y una eterna y fértil trox.  
La novia también le lleva  
un humilde corazón  
y, en las niñas de sus ojos,  
dos fuentes de colación.  
Lleva pensamientos castos,  
y en moneda de dolor,  
mil escudos de firmeza,

de oro sí, que cobre non.  
Polidos van novio y novia  
a las puertas del perdón,  
do la rosca los espera,  
cuando el sacristán cantó:

    Come la rosca, novia bella,  
    come la rosca y danos della.

    Come la rosca, novia hermosa,  
    porque te dure el pan de la boda;  
    que aunque te la comas toda,  
    toda se te queda entera.

    Come la rosca, novia bella,  
    come la rosca y danos de ella.

    Aunque la repartió el cura,  
    como dantes se quedó,  
    y en comiéndola la gente,  
    bailaron esta canción:

    Coman y gusten y estimen las almas  
    este pan, mazapán de amor,  
    que pues salva, es de salvados,  
    con ser todo pan de fror.

    Holgáronse los serranos,  
    y echólos la bendición  
    desde las gradas el cura,  
    cantando de dos en dos:

    Pues a Olalla bella  
    a Cristóbal dan,  
    coman y gocen el pan de la boda  
    cuantos en la villa están.

    Pues en un bocado  
    para todos hay,  
    y comido en gracia,  
    vida eterna da.  
    Al convite inmenso  
    del Asuero real,  
    Mardoqueo se siente,  
    mas no llegue Amán.  
    Para todos es,  
    pues la puerta está  
    convidando a todos  
    a la caridad.

    Pues a Olalla bella  
    a Cristóbal dan,  
    coman y gocen el pan de la boda  
    cuantos en la villa están.

Siguióse a la música la Loa, y cumplió con ella a  
satisfacción

    de todos un bizarro mozo, que dijo:  
    LOA

    Estábase recreando,  
    (antes del tiempo y los siglos)  
    incomunicable, Dios,  
    sin lugar, sólo en sí mismo.  
    Contemplábase ab eterno,

cuyo pensamiento vivo,  
sustancia en él (si accidente,  
en lo humano, intelectual).  
Fecundo, siempre engendraba,  
siendo (origen y principio)  
de aquella especie que, expresa,  
en su imagen, por ser su Hijo.  
Enamorado de verse  
en su retrato Narciso  
y, al concipiente, el concepto  
correspondiendo recíproco,  
producían un amor,  
como los dos infinito,  
inagotable, perenne,  
que saliendo del abismo  
de la eterna voluntad,  
fuente siempre, siempre río,  
siempre se está produciendo,  
y siempre se queda el mismo.  
Así aquel acto absoluto,  
puro, esencial, indiviso,  
sólo se comunicaba,  
al Trisagio relativo,  
de sí mismo comprensión,  
deleitándose consigo,  
todo amor, deleite todo,  
todo gloria, todo alivio.  
Hasta que llegó el decreto  
que determinó, ab initio,  
la voluntaria creación  
de este admirable prodigio.  
Entonces, con un fiat sólo,  
produciendo lo finito,  
cielos, elementos, plantas,  
aves, brutos, mares, ríos,  
ángeles y hombres, cesó,  
(el sábado, que bendijo  
por día de su descanso),  
de su amoroso ejercicio.  
Vio las obras de sus dedos,  
comenzadas en domingo,  
y en el viernes consumadas,  
y en fe que se satisfizo  
de su fábrica curiosa  
firmar de su mano quiso,  
el Deus me fecit, en muestra  
de que era Dios quien las hizo.  
Viendo su sabiduría,  
el ingenioso artificio  
de esta máquina universal,  
tanto a deleitarse vino  
con ella, que en fe de ser  
baraja, cuyos distintos  
manjares forman sus cartas,  
según el Rey sabio dijo,  
juega delante de Dios  
todo el tiempo sucesivo,

de su duración mudable;  
porque el estar con los hijos  
de los hombres le entretiene.  
¡Oh amor de Dios excesivo!  
¡Cómo sabéis obligarnos,  
a seros agradecidos!  
Comenzó el juego aquel Ángel  
que en su primero principio  
fue viador y, en otro instante,  
ocasionó su castigo.  
La carta de más valor,  
sin dar naipes, robar quiso  
y, mejorando de asiento,  
quitar dél a quien le hizo.  
Entráronle puntos tales  
que, soberbio y presumido,  
imaginó dar un todo;  
¡qué bárbaro desatino!  
Entrar pretendió por rey,  
triunfando; pero, entendido  
que jugaba tretas falsas,  
Miguel, del cielo caudillo,  
la espada le atravesó,  
ganóle la baza, y dijo:  
«¿Quién como Dios, Rey de Reyes,  
y tú, traidor, su ministro?»  
Dióle un todo la humildad,  
y al primer lance perdido,  
con cuantos a él se atuvieron,  
bajó eterno a los abismos.  
Bien quisieran desquitarse,  
mas su natural maligno  
es incapaz de ganancia,  
y así intentan, atrevidos,  
que el hombre pierda también;  
porque en el asiento rico  
que su soberbia perdió  
no suceda engrandecido.  
Para esto, con tretas falsas,  
tahúr aleve y fingido,  
a todos convida al juego,  
y envida restos de vicios.  
Hizo Dios que Adán fuese hombre,  
y viole tan prevenido,  
el tahúr, de buenas cartas,  
que no quedó en el circuito  
de la baraja figura  
que, debajo su dominio,  
no le ofreciese la polla  
(la original Gracia digo).  
Sólo un manjar le faltaba,  
que por decreto y edito  
de Dios, dueño del tablero,  
quedó exento en el Paraíso.  
«Por éste he de derribarle,  
-el tahúr rebelde dijo-,  
ganaréle si acometo

por el más flaco portillo.»  
Vio a la mujer, convidóla  
a jugar (cuando el marido  
estaba ausente) y perdió;  
pero no me maravillo,  
que mujeres que se emplean  
en juegos, siempre nocivos  
a su sexo, de ordinario  
pierden Gracia y ganan vicios.  
Prometiéronse ayudar  
uno a otro, y cuando vino  
Adán, a su persuasión  
jugó del palo prohibido.  
Perdióse la polla, y él  
de suerte quedó fallido  
que no paró el desgraciado,  
hasta perder los vestidos.  
Picado y desnudo Adán,  
los ojos abrió al sentido,  
el bien y el mal conociendo,  
éste presente, aquél ido;  
sintió a la justicia en casa,  
y acusándole el delito,  
buscó en la culpa sagrado  
y escondióle el árbol mismo  
en que pecó, en la opinión,  
(que afirman fueron los higos  
el manjar que le vedaron,  
causa de tanto castigo).  
Averiguó el juez la causa,  
y verificando indicios,  
con la baraja en las manos  
le cogió; ¿qué más testigos?  
Respondieron a los cargos  
uno y otro, mas tan tibios,  
que cuando el juez no los viera  
bastara sólo el oírlos.  
Sentenciólos a destierro  
perpetuo del Paraíso,  
pena común en la Corte  
contra juegos prohibidos.  
Y no contento con esto,  
ropas de pieles les hizo  
con que, cubiertos, sacaron  
los primeros sambenitos.  
¡Qué de daños causa el juego!  
Primero, el hombre servido,  
reverenciado de todos,  
general su señorío;  
ya, rústico, ya, pechero,  
al toscó azadón asido,  
comiendo pan de sudor,  
bebiendo llanto en suspiros.  
Ninguno, desde aquel tiempo,  
osó ser hombre atrevido,  
que la Gracia no perdiese  
cuando menos, al principio.

Verdad es que restauraban  
su pérdida los antiguos,  
cuando la circuncisión  
atravesaba el cuchillo;  
pero costábales sangre,  
penitencias, sacrificios  
y, cuando mucho, ganaban  
la seguridad del Limbo.  
Perdió Caín envidioso  
el alma, con el martirio  
del santo protoinocente;  
perdióse el mundo en abismos  
de inundaciones mortales;  
reservando en el asilo,  
del arca, nave primera,  
limitados individuos.  
Perdió Esaú el mayorazgo;  
perdióse en el mar Egipto;  
perdió, idólatra Israel,  
el Reino en sus doce Tribus.  
Con tanta pérdida estaba,  
triste el mundo y oprimido,  
ufano el tahúr blasfemo,  
lejos el bien, no el peligro.  
Tuvo lástima el amor,  
de que a su hermano adoptivo,  
tan mal el juego tratase,  
volver por entrambos quiso.  
Salió del Padre, quedando  
en él, y quien in principio  
erat Verbum, ya, siendo hombre,  
a ser Verbum caro vino.  
Hecho hombre Dios, en efeto,  
creyó el común enemigo  
como a los demás ganarle:  
tretas y engaños previno.  
Pero no salió con ellas,  
pues casi recién nacido,  
tres reyes juntos le entraron,  
a pesar del cuarto impío.  
Tantos hace para el juego,  
Herodes vil, y deshizo  
tantos tantos en pedazos,  
que es su número infinito.  
Mas no salió con ganancia,  
porque huyendo Dios a Egipto,  
él por grande se perdió  
y ellos ganaron por chicos.  
Ganó Simeón dichoso  
tanto, aunque en años prolijos,  
que dio a la Iglesia en barato,  
el nunc dimitis, que dijo.  
De pérdida vi que andaban  
María y José benditos,  
(si puede perder a Dios  
quien siempre le trae consigo).  
Mas desquitáronse presto,

restaurando regocijos,  
cuando maestro le hallaron  
de viejos, puesto que niño.  
Desafióle a jugar  
al desierto, el fementido  
tahúr, tanteando piedras  
y aceptando el desafío.  
En tres envites de falso  
(que se atrevió a hacer), vencido  
y rematado se fue  
a su obscuro domicilio.  
Vendió un jugador tramposo,  
(que se atrevió como amigo,  
a entrar también en docena)  
un Agnus Dei de oro fino,  
todo esmaltado de blanco  
y encarnado, de artificio  
tan excelente, que en él  
puso el aurífice primo  
divina iluminación  
entre viriles de vidrio  
humanos que, transparentes,  
mostraban que era divino.  
Vendióle por treinta reales  
al usurero judío,  
(que fue cargo de conciencia),  
y después de arrepentido,  
(aunque mal) perdió de modo  
que a desesperarse vino,  
para daño suyo eterno  
y bien de los peregrinos.  
Mateo que, tablajero,  
barajaba humanos libros,  
y jugando siempre mal,  
de asiento estaba en el vicio,  
a una voz de la justicia  
el juego puso en olvido,  
llegando a ser secretario,  
de quien antes fue enemigo.  
Rematada Madalena,  
vino a ganar apellido  
de pública pecadora,  
mas volviendo en su jüicio,  
supo que estaba en la mesa  
del leproso Simón, Christo,  
donde alcanzó de barato,  
perdón y amor excesivo;  
lo que perdió por los oros,  
(que en él se pierden los ricos),  
supo ganar por la copa,  
del unguento que, a Dios vivo  
pronosticó injusta muerte,  
y en fe de tanto prodigio,  
con la copa (si no bote),  
quedar retratada quiso.  
Pedro, de puro confiado,  
entre bárbaros ministros,

jugando se perjuró,  
(que el jurar, siempre fue amigo  
del juego) y perdió la polla,  
por otra polla que vino  
a tentarle de paciencia;  
pero cantóle al oído  
el gallo, y enmendó el juego,  
a puro llanto y suspiro,  
ganando hasta la tiara  
del imperio pontificio.  
Así andaba el juego entonces,  
cuando el humano Divino,  
reponiendo por el hombre  
cuanto perdió su delito,  
en la mesa de la cruz  
compró con precio infinito  
las cartas de su ganancia;  
tripuló al pueblo rabino,  
y al gentílico admitiendo,  
con la copa de bautismo  
y el basto bastó a ganar  
cuanto el hombre había perdido.  
Triunfó entonces de la muerte  
y el demonio; y luego dijo:  
«Yo me gano, sirvan todos;  
que puesto que yo redimo  
sin otra ayuda, decreto  
que, ayudándose a sí mismo,  
el hombre con buenas cartas  
coopere también conmigo.  
Vale infinito mi sangre;  
pero, aunque no necesito  
de compañeros, intento  
que se ayuden mis amigos.»  
En prueba de esta verdad,  
dijo el célebre Agustino:  
«Quien sin ti te redimió,  
omnipotente y benigno,  
no te salvara sin ti.»  
Cirineo sea testigo,  
que, ayudándole a la cruz,  
fue de este misterio tipo.  
Perdido Dimas estaba,  
pero en un momento vino,  
conociendo a Dios el juego,  
a ganarle el Paraíso.  
Jugaba a su diestro lado,  
vio en las cartas que era Christo,  
su gracia, el envite o polla:  
llevóse la de codillo.  
Tras el consumatum est,  
quedó el juego concluido,  
porque, anocheciendo el sol  
de día, asombró a Dionisio.  
Baratos dio su ganancia,  
a su Padre dio su espíritu,  
por madre a Juan a su Madre,

perdón a sus enemigos,  
sacramentos a su Iglesia,  
libertad a los del Limbo,  
su cuerpo al sepulcro santo,  
tesoro a muertos y vivos.  
Y para que si se viere  
el hombre otra vez perdido,  
tenga resto con que tome  
sobre sí, quedarse quiso  
sobre la tabla del juego,  
sacrosanto y infinito,  
de aquel incruento altar,  
donde, oculto y escondido,  
nuestras pérdidas restaure;  
allí es hombre, aunque es divino,  
carta blanca en accidentes;  
si fue figura lo antiguo,  
allí está lo figurado.  
Llega hombre al resto excesivo,  
triunfen virtudes y amor,  
descarta cartas de vicios.  
Aquí el bueno ganará,  
quedando el malo perdido,  
que allí malillas no valen,  
antes aumentan peligros.  
Pues Dios por ti se hizo hombre,  
procura, reconocido,  
ganar con su sangre el juego:  
quedarás dichoso y rico.

El despejo del recitante y la novedad de la metáfora  
causó a un tiempo gusto y alabanzas. Salieron tras él los músicos y  
cantaron:

Que llamaba la tórtola, madre,  
al esposo dulcísimo suyo,  
con el pico, las alas, las plumas  
y con arrullos y con arrullos.  
Dulce esposo mío,  
que entre copos puros  
de nieve y de plata,  
con la fe te escucho,  
tu tórtola ausente,  
sin deleites tuyos,  
ni estima contentos,  
ni alivia disgustos.  
Ven, esposo caro,  
sol de rayos puros,  
regalo del cielo,  
remedio del mundo.  
(Que llamaba, etc.)  
En los accidentes  
de ese pan obscuro,  
que está sin substancia,  
gozarte procuro;

no me desampares,  
que si amor es yugo,  
quiero, amado dueño,  
que nos ate un nudo.  
Muérome sin verte,  
vivo si te gusto,  
lloro si te pierdo,  
canto si te escucho.  
(Que llamaba, etc.)

Entráronse éstos, y luego, dando principio al coloquio trompetas y chirimías, que previnieron atenciones, se representó el que se sigue. (Años ha aplaudido de ingenios y plumas, primero en la Imperial Toledo, con honra y provecho de su autor Pinedo, y satisfacción del poeta.)

Edición digital Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008